

LA HABITACIÓN DEL HOSPITAL

Dos hombres, ambos enfermos de gravedad, compartían la misma habitación de un hospital. A uno de ellos le permitían sentarse durante una hora por la tarde, para drenar el líquido de sus pulmones. Su cama estaba situada al lado de la única ventana de la habitación. El otro hombre tenía que permanecer acostado de espaldas todo el tiempo.

Conversaban durante horas, de sus esposas y familias, sus hogares, empleos, experiencias durante el servicio militar, los sitios visitados durante sus vacaciones. Y cada tarde, cuando el compañero ubicado al lado de la ventana se sentaba, se pasaba el tiempo relatándole a su compañero de cuarto lo que veía por ella. Con el tiempo, el compañero acostado de espaldas que no podía asomarse, se desvivía por que llegase ese periodo de una hora, durante el cual se deleitaba, y su mundo se ensanchaba y cobraba vida con los relatos de las actividades y colores del mundo exterior.

La vista a través de la ventana era fabulosa: un parque con un bello lago, donde los patos y cisnes se deslizaban por el agua, mientras los niños jugaban con sus barquitos en la orilla. Los enamorados paseaban cogidos de la mano entre las flores multicolores, en un paisaje con árboles majestuosos y, en la distancia, una bella vista de la ciudad. A medida que el señor de la ventana describía todo esto con exquisito detalle, su compañero cerraba los ojos e imaginaba un cuadro pintoresco y maravilloso.

Una tarde calurosa, le describió un desfile que pasaba por el hospital y, aunque él no llegó a escuchar la banda, lo pudo ver con los ojos de la mente mientras su compañero se lo describía con sus mágicas palabras.

Pasaron los días y las semanas, y una mañana la enfermera, al entrar para el aseo matutino, encontró el cuerpo sin vida del señor de la ventana, que había fallecido placidamente mientras dormía. Se llenó de pesar y llamó a los ayudantes para trasladar el cuerpo.

Al poco tiempo, el otro hombre, entristecido, pidió que le trasladasen a la cama de al lado de la ventana. A la enfermera le agradó hacer el cambio y, después de asegurarse que estaba cómodo, salió de la habitación. Lentamente y con mucha dificultad, el hombre se apoyó en un codo para lanzar su primera mirada al mundo exterior después de mucho tiempo. Al fin tendría la alegría de verlo por sí mismo. Se esforzó para girarse despacio y mirar, y al asomarse por la ventana lo que vio fue la pared del edificio de al lado.

Sorprendido y confundido le preguntó a la enfermera qué sería lo que animó a su difunto compañero a describir tantas cosas maravillosas fuera de la ventana. Ella le dijo que el señor era ciego, y no podía ver ni siquiera la pared de enfrente. Le dijo: "Tal vez lo que deseaba era animarle a usted".